

La identidad y espiritualidad misionera del presbítero

Carlos Raimundo Rockenbach*

Sumario

Una de las grandes preocupaciones de la iglesia universal, y de modo particular de la iglesia que peregrina en América Latina, especialmente después de Aparecida, es la clarificación de todas las identidades. Esa es la preocupación del autor de este artículo, por lo que se refiere al sacerdote: su identidad y su espiritualidad misionera. Comienza el autor por hacer una presentación del contexto adverso en el que se mueve la vida del presbítero. El crepúsculo del futuro y la intemperie espiritual son dos preocupaciones de este contexto. La identidad del presbítero está en Cristo: en la configuración con él, en su ser, su actuar, su estilo de vida, su misionariedad. Para ello y por ello el presbítero requiere una profunda experiencia de Dios.

Palabras clave: Identidad, espiritualidad, configuración con Cristo, experiencia de Dios.

* Sacerdote de la Orden Franciscana de los Hermanos Menores Capuchinos. Maestría en Liturgia y Teología de los Sacramentos por el Institut Catholique de Paris, Francia. Actual secretario ejecutivo del Departamento de Misión y Espiritualidad del CELAM.

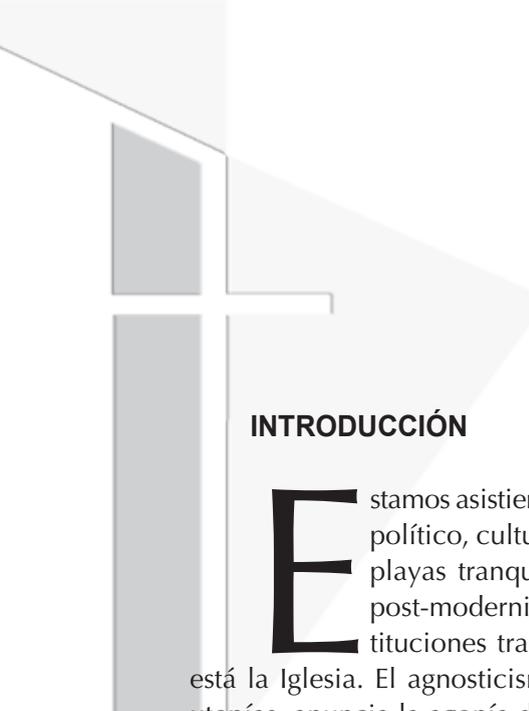


Identity and missionary spirituality of the priest

Abstract

One of the major concerns of the universal church with regard to the pilgrim Church in Latin America is to understand all identities, especially after Aparecida. This is the concern of the author in this article, regarding the priest: his identity and missionary spirituality. The author starts making a presentation of the difficult context in which the priest lives. The twilight of the future and spirituality without protection, are two concerns in this context. The priestly identity is in Christ: in the configuration with him, in his actions, his lifestyle, and his missionary spirit. For that reasons, the priest requires a profound experience in God.

Key - words: Identity, spirituality, configuration with Jesus Christ, experience in God.



INTRODUCCIÓN

Estamos asistiendo, en cierta manera, a un fuerte tsunami político, cultural, social y religioso que azota nuestras playas tranquilas y cuestiona los meta-relatos de la post-modernidad y la pertinencia de las grandes instituciones tradicionales e históricas, entre las cuales está la Iglesia. El agnosticismo re-emergente produce un ocaso de utopías, anuncia la agonía de la cristiandad y presagia el final de la historia y la muerte planetaria. En este contexto muchos viven una intemperie espiritual que se configura entre la nostalgia del pasado y la incertidumbre o un crepúsculo del futuro, que produce una crisis de identidad personal, institucional, religiosa, social y cultural¹. La crisis de identidad es una de las características que marcan la actualidad y afecta fuertemente la vida religiosa y sacerdotal.

Benedicto XVI nos advierte que “en una época como la nuestra, tan «policéntrica» y propensa a difuminar todo tipo de concepción de identidad, considerada por muchos contraria a la libertad y a la democracia, es importante tener bien clara la peculiaridad teológica del Ministerio ordenado para no ceder en la tentación de reducirlo a las categorías culturales dominantes. En un contexto de difundida secularización, que excluye progresivamente a Dios de la esfera pública, y, por tendencia, también de la conciencia social compartida, a menudo el sacerdote parece «extraño» al sentir común, precisamente por los aspectos más fundamentales de su ministerio, como los de ser hombre de lo sagrado, sacado del mundo para interceder a favor del mundo, en esa misión, por Dios y no por los hombres (cfr. Heb 5, 1)”².

¹ CERVINO, Lucas, *Otra misión es posible. Dialogar desde espacios sapienciales e interculturales*. Itinerarios editorial, Bolivia, 2010.

² BENEDICTO XVI, Discurso a los participantes en el congreso Teológico Internacional “Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote” organizado por la Congregación para el Clero.



Es inquietante la duda, la tristeza y el conflicto interior que, a veces, vive el sacerdote cuando no acaba de descubrir cuál es la naturaleza de su sacerdocio ministerial; o se siente inseguro, o abriga dudas sobre su identidad; entonces su vida se verá marcada por la conflictividad si no halla “su” sitio entre los hombres de su tiempo. No son pocos los sacerdotes que están viviendo esta problemática: son muchos los afectados por esta situación de marginación, inseguridad, tristeza, e incluso, abandono del estado clerical o exhibición pública de sus debilidades³.

¿Cuál es la identidad del sacerdote? ¿Es sacerdote de Cristo o sacerdote de la Iglesia? ¿Es un sacerdocio ministerial o un ministerio sacerdotal? ¿Es hombre de lo sagrado el hombre de la presencia en el mundo? ¿Es ministro del altar o testigo de la Palabra? El proceso de formación ¿está suscitando buenos curas, impecables en sus modales sacerdotales, en su apego a las leyes canónicas y litúrgicas, o buenos cristianos? ¿Profesionales de la religión, o creyentes? ¿Maestros, o testigos? ¿Funcionarios con una buena “clientela”, o más bien, hombres celosos que rompen toda comodidad y siguen la itinerancia de Jesús?

Hablando específicamente de la identidad misionera del presbítero, ¿Es él fundamentalmente un pastor llamado a asumir ciertas responsabilidades misioneras?, o más bien, ¿es él fundamentalmente un misionero llamado a asumir ciertas responsabilidades pastorales?

La reubicación del presbítero en nuestro contexto complejo y cambiante, es una de las preocupaciones de la Iglesia, del Magisterio Eclesiástico. La carta de Benedicto XVI para la convocación de un Año Sacerdotal (16/06/2009), lo expresa bien. Además, hay una clara enseñanza en los documentos recientes del Magisterio sobre la identidad, de una manera particular sobre la identidad profundamente misionera del sacerdocio ministerial (del obispo y presbítero). Esta enseñanza se fundamenta en lo más central de la doctrina cristiana: el misterio de la Trinidad revelado en el misterio pascual de Cristo⁴.

³ ARREOLA, Pbro. Filemón S. *Identidad y Espiritualidad del Sacerdote Diocesano*. Ediciones CEM, México D.F., México, 2004, p. 7.

⁴ Cf. GORSKI, P. Juan, *La identidad radical del presbítero: ser misionero*. OSLAM, Boletín 48, enero a junio de 2006.



Sin embargo, sigue el peso del modo preconiliar de pensar y de actuar, viendo el sacerdocio ministerial como esencialmente “pastoral”, al cual se añade “una dimensión misionera”. Esto se ve particularmente en las orientaciones sobre la educación de los presbíteros, según las cuales son formados a ser primeramente “pastores” de los que son fieles católicos, sirviéndolos por la administración de parroquias, más que misioneros llamados a evangelizar a los que están lejos⁵. “Falta espíritu misionero en miembros del clero, incluso en su formación” (DA 100e). “Formamos buenos pastores, pero malos pescadores”.

El Documento de Aparecida, oportuna y positivamente, destaca, por otro lado, el gran aprecio que nuestro pueblo tiene por los sacerdotes, reconociendo la santidad de muchos de ellos, como también el testimonio de vida, su trabajo misionero, y la creatividad pastoral, particularmente de aquellos que están en los lugares lejanos y contextos de mayor dificultad (DA 99c).

El Papa Benedicto XVI, retomando la conmovedora expresión de Santo Cura de Ars: **“El Sacerdocio es el amor del corazón de Jesús”**, nos da pie para reconocer con devoción y admiración el inmenso don que suponen los sacerdotes, no sólo para la Iglesia, sino también para la humanidad misma. Tengo presente, dice Benedicto XVI, a todos los presbíteros que con humildad repiten cada día las palabras y los gestos de Cristo a los fieles cristianos y al mundo entero, identificándose con sus pensamientos, deseos y sentimientos, así como con su estilo de vida. ¿Cómo no destacar sus esfuerzos apostólicos, su servicio infatigable y oculto, su caridad que no excluye a nadie? Y ¿qué decir de la fidelidad entusiasta de tantos sacerdotes que, a pesar de las dificultades e incomprensiones, perseveran en su vocación de “amigos de Cristo”, llamados personalmente, elegidos y enviados por Él?⁶

El Santo Cura de Ars, presentado como modelo para los sacerdotes, era muy humilde, pero consciente de ser, como sacerdote, un inmenso don para su gente: “Un buen pastor, un pastor según el

⁵ Ídem.

⁶ BENEDICTO XVI, *Carta a los presbíteros del mundo por el Año Sacerdotal en el 150 aniversario del fallecimiento de San Juan María Vianney*, Jueves 18 de junio de 2009.



Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina”⁷. Él destaca en primer lugar, su total identificación con el propio ministerio. En Jesús, Persona y Misión tienden a coincidir: toda su obra salvífica era y es expresión de su “Yo filial”, que está ante el Padre, desde toda la eternidad, en actitud de amorosa sumisión a su voluntad. De modo análogo y con toda humildad, también el sacerdote debe aspirar a esta identificación. Aunque no se puede olvidar que la eficacia sustancial del ministerio no depende de la santidad del ministro, tampoco se puede dejar de lado la extraordinaria fecundidad que se deriva de la confluencia de la santidad objetiva del ministerio con la subjetiva del ministro.

1. Contexto adverso

El Sínodo sobre el Ministerio Sacerdotal (1971) indica las grandes preocupaciones del momento: la modernidad, los cambios culturales, la pérdida de identidad tanto de la Iglesia como del sacerdote, etc. Muchos sacerdotes reciben contagio e influencia y no saben cómo compaginar contemplación y acción, cultura y religión, inmanencia y transcendencia. La fragmentación de las relaciones, abre puertas para procesos subjetivos de privatización.

El relativismo doctrinal, ético y aún pastoral dificultan al presbítero y le impiden comprender lo que son las verdades esenciales, le impiden un auténtico discernimiento y le obstaculizan su visión de fe. La identidad se obnubila, se debilita y se oscurece su papel específico en la vida eclesial y social⁸.

A veces el pensamiento religioso aparece débil y confuso. Es así como se manifiestan las limitaciones que debilitan la identidad espiritual y nacen los complejos de inferioridad entre los sacerdotes, lo que los lleva a relativizar su identidad cristiana. No son plenamente felices y no se identifican totalmente con su misión y su mensaje, cuando no hay una fuerte tendencia a amoldarse al mundo y a no perder nada de lo que la modernidad le ofrece. Hay los que

⁷ Ídem.

⁸ CELAM, *La Pastoral Presbiteral – Desafíos y Perspectivas*, Brasilia, 2005.



se acomodan, se aburguesan social, económica y pastoralmente. Se contentan con la pastoral de conservación, con una gran pobreza de iniciativas y con un mínimo de creatividad. Hay fatiga para iniciar caminos de renovación y nos invaden la rutina y la mediocridad. Y qué decir de la enfermedad del arribismo clerical y de las ambiciones no tanto espirituales del sacerdote y del obispo que quieren medrar. Y qué agregar de tantas vidas paralelas o duplicadas, de tantos anti testimonios e inautenticidades y de tantos escándalos⁹.

El fenómeno del desencanto espiritual y pastoral, las estructuras pastorales pesadas y asfixiantes¹⁰, los desalientos, las crisis espirituales, “el síndrome del buen samaritano desilusionado”, los resume muy bien Christian Precht en el fenómeno del *cansancio en la vida ministerial*¹¹. Allí nos habla del itinerario de los cansancios, de las raíces del cansancio: un estilo de vida inadecuado, el peso de la misión, el fracaso en el apostolado, una espiritualidad insuficiente y una conversión aplazada, una falta del necesario reconocimiento del esfuerzo, de la dedicación y de la fidelidad. No es raro que estos sacerdotes se sientan “vacíos”, robots, actores, máquinas sacramentales, empresarios religiosos. De ahí al *burnout* (agotamiento) no hay sino un paso: el estrés laboral que padecen los profesionales de ayuda: agotamiento, ansiedad, depresión, desmotivación. Se pasa del entusiasmo al estancamiento, a la frustración y a la apatía¹².

Es verdad que hay grades obstáculos que se interponen al ministerio presbiteral no solo internamente, sino también los que provienen de afuera. Mirando al presbítero insertado en este mundo, asústanos y preocupáanos la difusión de una cultura de vida sin sentido, una cultura de muerte, una cultura sin Dios y sus mandamientos o incluso contra Dios (DA 13), una sociedad laica, anti-clerical y anti-ecclesial, que de alguna forma afectan su vida y su ministerio. Se verifica, a nivel masivo, una especie de nueva colonización cultural por la imposición de culturas

⁹ APARICIO, Gonzalo, *Tentaciones del sacerdote actual*. En: Surge, Vol.64, n. 635 (may-jun. 2006), pp.191-218. Cf. MELGUIZO YEPES, Guillermo. Concejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. Vale la pena ser sacerdote hoy? Pastoral de pastores. Bogotá: Celam, 2007. 260 p. (Colección Autores Celam, No.36)

¹⁰ CELAM, Fernández, Víctor Manuel, *El presbítero discípulo y misionero de Jesucristo, en América Latina y El Caribe – La identidad del Presbítero*, 2007.

¹¹ PRECHT, Christian, *Boletín Pastoral*, Santiago de Chile, marzo 2006.

¹² BOLETIN PASTORAL, Santiago de Chile, n. 103, 2004.



artificiales, de modos uniformes, predeterminados y estáticos de vivir y celebrar la fe, despreciando las culturas locales a imponer una cultura homogeneizada en todos los sectores (DA 46), que genera el aumento de la indiferencia religiosa y la descreencia. La crisis de identidad y la vulnerabilidad de muchos católicos (DA 286), la credibilidad de la Iglesia, de modo especial en cuanto institución, para muchos, constituye más un obstáculo que un instrumento de evangelización. *Hoy hay una especie de ateísmo práctico y existencial que coincide con una visión secularizada de la vida y del destino de hombre. La persistencia de un sentido de desconfianza y casi intolerancia hacia el magisterio jerárquico; presentaciones unilaterales y reductivas del mensaje evangélico, que transforman el anuncio y el testimonio de la fe en un factor expresivo de la liberación humana y social, o en un refugio alienante en la superstición y en la religiosidad sin Dios* (PDV 6 y 7), a una espiritualidad desencarnada, divorciada de la vida y de la historia.

Se constata que una de las megatendencias de hoy es el anhelo de espiritualidad. En la actualidad el fenómeno de la religiosidad está en pleno auge. Predomina una búsqueda de lo trascendente en sus múltiples y variadas expresiones, con un talante individualista, cósmico y masivo (*Plan Global del CELAM 1999-2003, n. 56*). Esto ha dado lugar a un supermercado de ofertas religiosas en la sociedad, que va más allá de las religiones tradicionales e históricas ya que surgen constantemente nuevos movimientos y sectas. El número de “cristianos sin Iglesia” va creciendo, especialmente entre los jóvenes. El secularismo se orienta a la satisfacción de las necesidades religiosas al margen de la Iglesia-institución: Dios sí, Cristo no; Cristo sí, Iglesia no; religión sí, institución no. No se ataca directamente a Dios, no se lo niega, simplemente se prescinde de Él¹³.

2. El crepúsculo del futuro y la intemperie espiritual¹⁴ en la vida del presbítero

2.1 Crepúsculo del futuro

Estamos inmersos en una crisis que brota de la desconfianza o mejor dicho incredulidad hacia los pilares de la modernidad: La

¹³ Cf. MELGUIZO, Guillermo, op. cit. p. 14-15.

¹⁴ Cf. CERVINO, Lucas, op. cit. p. 115-126.



creencia en el progreso indefinido gracias a la tecnología, el lograr predeterminar el futuro utilizando las ciencias, el dominio de la naturaleza a través de ambas y la visión del ser humano como el todo poderoso, gracias a su razón instrumental, lógica y de poder, ya no tienen la luminosidad del medio día¹⁵.

Pero, “es en la caída donde el agua se potencia como fuerza”, así como la crisis, bien asimilada y asumida, puede tornarse impulso para la *metanoia* y un camino para los cambios necesarios.

Asistimos al crepúsculo del futuro, que es una imagen llena de densidad y profecía, de crítica y sugerencia, de desafío y de esperanza. El verbo asistir nos evoca un “estar o hallarse presente”. Asistir hace referencia también a “acompañar”, “servir”, “curar”, “socorrer”. Se trata de tomar una postura ante este momento histórico. Un tomar postura que estará condicionado por la valoración que damos a este “crepúsculo del futuro”. Si creemos que es un momento más, simplemente lo acompañaremos y serviremos o peor aún sucumbiremos ante él. Pero si intuimos que es un momento axial, donde no sólo está en juego el paso de una época a otra de la humanidad, sino la misma historia y pervivencia de la humanidad, nuestra atención será otra. Aquella que surge frente a la tragedia como por ejemplo, una enfermedad letal. Buscaremos curar y socorrer: acompañar. Acompañar como parteras que ayudan a dar a luz una nueva criatura¹⁶.

La imagen de crepúsculo nos remite a “la fase declinante que precede el final de algo”, pero es también la “claridad que hay desde que raya el día hasta que sale el sol”: es alba, amanecer y no sólo atardecer, es esperanza. Este crepúsculo empieza a manifestarnos la diversidad existente en la humanidad. Estamos inmersos ante una situación universal pero que es apreciada, vivida y percibida de maneras diferentes y a su vez origina distintas actitudes: simplemente estar, para muchos y muchas: acompañar y servir para algunos y algunas más atentas y vigilantes a los signos de los tiempos; socorrer y curar, en otras palabras “parir este tiempo”, para unos pocos espíritus proféticos y poéticos. En el “estar” tal vez podemos observar a los

¹⁵ Cf. CERVINO, Lucas, op. cit., p. 115

¹⁶ CERVINO, Lucas, op. cit., p. 117.



grupos humanos, de entre ellos algunos presbíteros, marcados por la superficialidad y el hedonismo, el relativismo y el espiritualismo, el consumismo y el materialismo, pero también aquellos sesgados por los fundamentalismos religiosos y culturales, inmersos en una espiritualidad y una eclesiología que se oponen a la renovación del Vaticano II, bloqueados a la fuerza creadora, dinamizadora y renovadora del Espíritu. En aquellos y aquellas que “acompañan” y “sirven” el momento actual están los críticos y disconformes hacia sus propias herencias culturales, religiosas y que, junto a aquellos enraizados en sus sabidurías ancestrales, buscan alternativas de vida. Podemos intuir que las personas que “socorren y curan” son aquellas que configurados con Jesucristo y su cruz redentora, logran vivir desde la compasión (sufrir con) este parto axial, esta resurrección.

El crepúsculo del futuro está ahí ante nosotros, desafiándonos a actuar para reencontrarnos con el tiempo, la historia y con nuestra propia identidad.

2.2 *Intemperie espiritual*

Vivimos también una “intemperie espiritual” en que las grandes ideologías absolutistas, tanto políticas, como económicas y religiosas, que nos daban seguridad e identidad se van resquebrajando y están cayendo, como han caído las Torres Gemelas¹⁷. Ahora, el presente es el manantial de fuerzas, vitalidades y luminosidad: el espíritu está a descubierto, ya no aplastado, arrinconado, comprimido. Esto se refleja en el resurgimiento de lo religioso, lo sagrado, lo espiritual. Esta intemperie espiritual nos interpela, desde el sufrimiento y la noche cultural, esta nueva consciencia temporal: una consciencia que “trata de integrar el pasado y futuro en el presente. Hoy en cada momento presente, tenemos la opción de experimentar la plenitud del amor de Dios.

Intemperie hace referencia a “cielo descubierto”, “sin techo ni otro reparo”. Esto nos manifiesta que “el crepúsculo del futuro” viene acompañado de una nueva consciencia espiritual, tanto para los que adentran en la noche, como para los que experimentan un cierto

¹⁷ CERVINO, Lucas, op. cit, p 15. 120.



amanecer. Este tiempo actual está marcado por una reconfiguración de la experiencia religiosa. Experiencia que desea librarse de toda dominación ideológica dentro de las instituciones y estructuras caducas y de los falsos mesianismos. Anhelo por un contacto directo, a “cielo descubierto” con el Misterio y lo inefable que emana de este.

Este tiempo nos invita a una radical apertura y docilidad al Espíritu, vigilancia ante la intemperie, sin refugiarnos en prejuicios culturales y religiosos, esquemas mentales, ideologizaciones, fortificaciones institucionales o racionales en busca de seguridad. “Intemperie espiritual” nos revela que la experiencia espiritual pasa por saber captar el paso del Espíritu en nuestras vidas y las de los demás, en nuestros mundos y en el de los prójimos, en nuestros lugares sagrados y el de nuestros correligionarios, en la realidad y en la creación. “Intemperie espiritual”, es una invitación vital a parirnos a nosotros mismos (renacer, recomenzar) para descubrir el sentido de la vida latente en cada momento presente.

Ante estas situaciones, desafortunadamente, constatamos y lamentamos que algunos recurren al pasado como fuente de sentido, sintiéndose perturbados, desorientados y traicionados por este ahora tan cambiante, e intentan volver a un cierto tipo de eclesiología y espiritualidad contrarias a la renovación del Concilio Vaticano II” (Cf. DA 100). Esta tendencia de volver a modelos medievales de vida sacerdotal y religiosa es una realidad preocupante en muchos Seminarios, Casas Formativas, y en muchas “nuevas comunidades” y “nuevos movimientos eclesiales”. La Conferencia de Aparecida, movida por el Espíritu renovador, creativo y transformador, nos lanza hacia adelante, reafirma, asume y radicaliza la opción preferencial por los pobres, reasume y confirma las Comunidades Eclesiales de Base como escuelas de formación de cristianos comprometidos con su fe, verdaderos discípulos misioneros del Señor (DA 178-180); asume la herencia de los mártires de la fe y de las causas sociales, denominándolos nuestros santos todavía no canonizados (DA 98).

Es a partir del contacto con el mundo, del recomenzar desde Jesucristo, Fuente pura y cristalina, que la Iglesia, y en ella el sacerdocio, se rehace, se modifica, se convierte y aprende, y no en la “fuga mundi” entendida como una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo



religioso, hacia una espiritualidad desencarnada y divorciada de la vida, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas sociales. Al contrario, una espiritualidad y mística de conversión lleva al discípulo misionero al corazón del mundo y lo vuelve comprometido con los reclamos de la realidad¹⁸, reconociendo en el rostro de los pobres los rostros sufrientes de Cristo, haciéndose abogado de la justicia y defensor de ellos (cf. DA 393-395). La docilidad al Espíritu Santo, compañero inseparable de Jesús, fuerza dinamizadora y renovadora de Dios, nos empuja en múltiples direcciones: hacia afuera (de nuestras fronteras), hacia adelante (construyendo la esperanza, el “Reino de Dios”); hacia todos (pueblos, razas y naciones); hacia adentro (de nuestra Iglesia); hacia el hondo (del alma donde habita Dios); hacia el lado (por la misericordia y compasión a los hermanos, los pobres, los excluidos); hacia atrás (aprendiendo de la historia); hacia abajo (contemplando y cuidando la Hermana y Madre Tierra y todo lo que ella contiene); y hacia arriba (al encuentro, al abrazo de Dios y de su voluntad)¹⁹.

Toda esta realidad, mucho más que motivo de desánimo, es un grito ensordecedor del mundo que clama por vida, por sentido en la vida, y es una oportunidad imperdible de dar razón de nuestra fe, y de nuestro ministerio, aceptando y asumiendo el desafío de reavivar el don de Dios (cf. 2 Tim 1,6) que recibimos, de manera particular, en la imposición de las manos y de la sagrada unción, y atender a la insistente invitación de volver al primer amor, al amor primero (cf. Ap 2,4).

Es el momento de fijar nuestra mirada, en forma de acción de gracias, en los muchos y edificantes modelos de vida consagrada y sacerdotal que la Iglesia y el mundo reconoce y nos presenta, que en la historia pasada y reciente, fueron y siguen siendo testigos vivos de Jesucristo en la tribulación.

3. Identidad y espiritualidad misionera del presbitero

El Documento de Aparecida considera la “identidad teológica del ministerio presbiteral” como el “primer desafío” o la primera de

¹⁸ Cf. DA 148

¹⁹ Cf. CASTRO, Mons. Luis Augusto, *Pentecostés, comunidad llevada por el Espíritu*, Ponencia hecha en el CAM3, COMLA8, 14 de agosto de 2008, Quito, Ecuador.

las “situaciones que afectan y desafían la vida y el ministerio de los presbíteros”. Al tratar explícitamente de esta cuestión, ubica el “sacerdicio ministerial” en relación al sacerdocio de Cristo. El “elemento esencial que define la identidad sacerdotal es la persona del Señor. Los Obispos y los presbíteros somos “vicarios de Cristo”. Servimos “in persona Christi Capitis”, nos recuerda LG 10 y SC 7). Esta realidad esencial; del sacerdocio supone, en palabras de Benedicto XVI, “ser personas consagradas a Dios” (Homilía 9/4/2009); una consagración que define también el sacerdocio, es decir, “un cambio de propiedad; un ser sacado del mundo y donado a Dios” (ib.), y que, en la medida en que es sacado del mundo, entra en una intimidad, una relación y en un coloquio tal con Dios, que se vuelve condición necesaria para que el sacerdote pueda traer Dios al mundo, pueda satisfacer la sed de Dios que hay en los hombres y su “necesidad de ser orientados hacia el fin último de la existencia” (Discurso, 16/4/2008)²⁰.

Jesús mismo es quien establece un estrecho paralelismo entre el ministerio confiado a los Apóstoles (y sus sucesores) y su propia misión: “quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado” (Mt 10,40); “quien a vosotros escucha, a mí me escucha, y quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado” (Lc 10,16). Aparecida advierte que el presbítero no sea considerado “solamente un mero delegado o sólo un representante de la comunidad, sino un don para ella por la unción del Espíritu y por su especial unión con Cristo cabeza” (DA 192 - 193), pues no podrán cumplir su misión si no viven ésta íntima unión con Jesús: “separados de mí no pueden hacer nada” (Jn 15,5).

La identidad sacerdotal se constituye por cuatro relaciones básicas: Su relación a Jesucristo, su **configuración con Él**; su relación al Orden Episcopal, como colaborador necesario siguiendo una **obediencia ministerial** al Obispo; su relación al presbiterio, por la **consanguinidad y fraternidad sacerdotal**; y su relación a la comunidad, por la **caridad pastoral**, que se revela como el centro y el motor de la vida y misión del presbítero, como fuente y la expresión más

²⁰ EZZATI, Ricardo A., sdb, *Identidad y espiritualidad sacerdotal hoy, sus pilares. Ser sacerdote en una hora de gracia como la actual*. Ponencia hecha en la Reunión de Coordinación del CELAM, Bogotá – Colombia, 21/7/2009.



genuina de su identidad y de su espiritualidad. La caridad de Cristo es la “causa” por la cual vive el presbítero, porque es la causa de Cristo. Es decir, que en la vida presbiteral la identidad alimenta y fortalece la espiritualidad y la espiritualidad, a su vez, hace posible la identidad. Son elementos inseparables de esa “gracia de unidad” que nos confiere el sacramento del Orden²¹.

Sin olvidar la importancia de las cuatro relaciones básicas, tomaremos como objeto de reflexión la **configuración con Jesucristo**, fuente por excelencia de la identidad y espiritualidad del presbítero²².

3.1 Configuración con Jesucristo (DA 136-142)

La identidad del presbítero consiste en su vinculación (DA 131-132), identificación, configuración con Cristo (DA 136-142), de prolongar su presencia, como único y supremo Pastor, en su **SER**, su **ACTUAR**, su **PALABRA**, su **CULTO** y su **ESTILO DE VIDA**. El sacerdote vivirá su espiritualidad específica, si de facto es sacramento personal de Cristo Sacerdote, lo que será determinante a la hora de estructurar su espiritualidad.

Nuestra relación, vínculo y configuración con Jesús se expresa evolutivamente por tres o cuatro modos de ser, actuar y vivir:

- a) *Siervos* es un gran honor. María fue sierva (Lc 1,38). Jesús mismo se presenta como siervo (Mc 10,45; Mt 20,28), y da testimonio de cómo debemos servir (Jn 13,1-17).
- b) *Amigos* Jesús no quiere una vinculación, una relación meramente como “siervos” (cf. Jn 8,33-36; DA 132), porque “el siervo no conoce lo que hace su Señor” (Jn 15,15). El siervo no tiene entrada a la casa de su amo, menos a su vida. Jesús quiere que su discípulo se vincule a Él como “amigo”. El “amigo” ingresa a su vida, haciéndola propia. El amigo escucha a Jesús, conoce

²¹ Cf. EZZATI, op. cit.

²² Para profundizar este tema, además de los numerales 136 al 142 del Documento de Aparecida, tomaremos como referencia la Primera Parte, que corresponden a los capítulos 1 al 5, del libro *Identidad y Espiritualidad del Sacerdote Diocesano* del Pbro. Filemón S. ARREOLA.

al Padre y hace fluir su vida (Jesucristo) en la propia existencia (cf. Jn 15,14), marcando la relación con todos (cf. Jn 15,12)²³. Los amigos hablan de sí mismo, de sus vidas, de sus sueños, de sus preocupaciones...

- c) *Hermanos “de sangre”*²⁴ El “hermano de Jesús” (cf. Jn 20,17) participa de la vida del Resucitado, Hijo del Padre celestial, por lo que Jesús y su discípulo comparten la misma vida que viene del Padre, aunque Jesús por naturaleza (cf. Jn 5,26; 10,30) y el discípulo por participación (cf. Jn 10,10)²⁵. Hay fraternidad cuando hay que compartir. Los verdaderos hermanos se descubren en la caminata.
- d) *Hijitos* “Hijitos, todavía estaré un poco con ustedes...” (Jn 13,33). Tenemos que ser padres y madres unos de los otros. Es la paternidad y maternidad espiritual.

Para lograr esa configuración con el Señor, es fundamental e indispensable “volver a Galilea”, encontrar al Jesús histórico, humano, en la montaña y escuchar las Bienaventuranzas y el manual del discípulo, es decir, lo que significa ser discípulo suyo y el contenido de la misión (Mt 5-7), y acoger de forma renovada y alegre el gran mandato misionero del Resucitado que, de la misma montaña, envía sus discípulos a “hacer discípulos” en todas las naciones: ese es el objetivo de la misión (Mt 28,16-20)²⁶.

²³ DA 132

²⁴ La expresión “de sangre” nos remite a una anécdota de Don Hélder Cámara. La cuenta él mismo en una entrevista que encontramos en la película de Érica Bauer, “Don Hélder – el Santo Rebelde”. En cierta ocasión, el arzobispo tuvo que interceder ante un empresario pidiéndole un trabajo para un “hermano suyo”, un pobre padre de familia. El empresario, después de atender solícitamente la petición del Obispo, cayó en la cuenta de que había sido engañado. “Usted me mintió”, le dijo el empresario a Don Hélder, ese hombre no es su hermano ni cosa que se le parezca”. Pero, ¿qué dice? – respondió Don Hélder Cámara: ¿los hijos de una mismo padre no son hermanos?”. El empresario insistió: “Sí, ya sé lo Usted quiere decir con eso; pero es que yo había entendido que eran hermanos de sangre”. “¡Eso es” - terminó diciendo Don Hélder - porque la sangre que Cristo derramó por mí también la derramó por él: luego somos hermanos de sangre!” Citado por Cf. RASCIETTI, Stefano, sx, *De la misión continental a la misión universal. La misión “ad gentes” en el Documento de Aparecida*. Rev. Misiones extranjeras, 236-237, Mayo-Agosto 2010, p. 296

²⁵ DA 132.

²⁶ Cf. RASCIETTI, Stefano, sx, op. cit. p. 298



Tenemos que volver a Galilea para reencontrar la Palabra viva, Buena Nueva de un Dios Padre, que manifiesta su poder en la misericordia y compasión (Ef 2,4), que nos comunica el resplandor de su amor (*splendor amoris*) y su vida en la Persona de Cristo (1Tt 3,4; Rm 8,39). Tenemos que volver a Galilea para recibir el don del conocimiento de Dios por la contemplación y admiración y recuperar la mística cristiana (Karl Rahner) pues, o seremos movidos por la mística cristiana, “alma de toda actual pastoral”, o seremos farsantes²⁷ Tenemos que volver a Galilea para superar el dualismo occidental y rescatar la unidad entre creación y redención, la salvación que corona la creación, toda ella orientada a la vida divina, obra conjunta de los dos brazos del Padre, el Hijo y el Espíritu, que restauran la imagen primitiva de Dios ofuscada por el pecado, pero nunca erradicada, pues “la gloria de Dios es la vida de la persona humana” (Irineo). En nuestra debilidad y humanidad pecadora, necesitamos sentar a la mesa con Jesús, comer de su comida, sentir su cercanía y su ternura (cf. Mt 9,10-13)²⁸. Tenemos que volver a Galilea no solamente para encontrar la persona de Jesús, sino, sobre todo, para encontrar Jesús en Persona, configurararnos con Él, recomenzar desde Él, recuperar, reconstruir nuestra identidad y espiritualidad misionera desde la fuente de su ser, actuar y vivir sacerdotal.

3.2 Configuración del sacerdote con Cristo en su “SER”.

Los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan marcados con un carácter especial que los configura con Cristo Sacerdote, de tal forma que pueden obrar en nombre de Cristo Cabeza. El sacerdote “visibiliza” a Cristo-Cabeza, posibilita que Cristo se haga presente, actuando y hablando inmediatamente en el sacerdote. En razón de su filiación divina y de su sacerdocio (inseparable de su filiación), Jesús vive en referencia a Dios y en referencia a los hombres. Su vida discurre entre dos polos: los intereses del Padre y los problemas de los hombres. Éste es el papel de toda vida sacerdotal: la gloria de Dios y el servicio a los hermanos. Como hombre de Dios y hombre

²⁷ Cfr. VALADEZ FUENTES, Salvador. *Espiritualidad Pastoral. Cómo Superar una Pastoral sin Alma?* México: ASE, 2003. 240 p.

²⁸ Cf. CODINA, Víctor, SJ, *Desoccidentalizar o cristianismo*. *Revista Perspectiva Teológica* n. 40 (2008), p. 09-23.

de los hombres tiene que definirse todo sacerdote. La consagración del sacerdote reclama su configuración con Cristo en su *ser*, y la misión sacerdotal pide la configuración con Cristo en su *actuar*, nunca olvidando que la manera de vivir como sacerdote es más importante que todo lo que se hace como sacerdote.

3.3 Configuración del sacerdote con Cristo en su “ACTUAR”

Los sacerdotes están llamados a revivir la autoridad (cf. Mc 1,22.25) y el servicio de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, animando y guiando la comunidad eclesial, o sea, reuniendo “la familia de Dios, como una fraternidad animada en la unidad” y conduciéndola “al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo”.

Sólo los sacerdotes ministros tienen capacidad para actuar en nombre de Cristo algunos servicios como la celebración de la Eucaristía, el perdón sacramental, el pastoreo, etc. Esta potestad carismática se une, como por connaturalidad, el deber de desempeñar con solicitud los ministerios: profético, cúltilo y pastoral. De aquí se deriva, en buena parte, la espiritualidad del sacerdote, que consiste en la identificación con Cristo, en su *ser*, mediante la consagración, en su *actuar*, mediante el triple ministerio, en su estilo de vida, mediante la autenticidad, profundidad y transparencia de sus vivencias sacerdotales²⁹. Tanto la actuación profética como la actuación cúltila de Jesús son modelos para el sacerdote. Sin embargo, el sacerdote ya no es primeramente “el hombre de los sacramentos”, sino un hombre constituido sacramento personal del mismo Jesucristo, quien por su medio realiza el triple ministerio de la enseñanza, de la santificación y del pastoreo en la Iglesia.

El sacerdote no puede sentirse un “funcionario de los sagrado” y moverse en la línea de los derechos y obligaciones, sino en la línea de generosidad y deseo de servir como Jesús. La entrega al ministerio pastoral hasta el límite de las posibilidades es la única forma de existencia posible para quien – como Pablo – ha sido alcanzado por el amor de Jesucristo (cf. Fil 3,12), y en cada instante se siente urgido por la caridad pastoral.

²⁹ Cf. PO 13.



La espiritualidad es la vivencia, particularmente intensa, de la propia identidad. Y Jesús, modelo de la espiritualidad sacerdotal, es *Palabra del Padre, Hijo de Dios y Hermano de los hombres*. El presbítero tiene que encarnar la identidad de Cristo-Sacerdote como única posibilidad de vivir la espiritualidad propia de su ministerio. De ahí la necesidad de contemplar a Jesús como modelo en el ministerio de la *palabra*, en el ministerio del *culto* y en todo servicio a la comunidad con el *estilo propio de Jesús*, o sea, la identidad y espiritualidad sacerdotal se forja y se alimenta en las mesa de la eucaristía, de la Palabra y de pobre.

3.4 **Configuración del sacerdote con Cristo en el Ministerio de la PALABRA**

La base de toda espiritualidad es el deseo de Dios de comunicarse al hombre. En la misma esencia de la “palabra” está el deseo que Dios tiene de entrar en comunión con los hombres. Toda palabra entraña comunicabilidad, capacidad de la presencia del comunicante y en el interlocutor. La “prioridad más grande es abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante (cf. Jn 10,10)³⁰.

- a) **El sacerdote, hombre “de” palabra.** Persona de sólida honradez humana. El sacerdote sea un “hombre de palabra”: sea “todo un hombre” por su honradez, por su espíritu de justicia, por su responsabilidad, etc.; que posea todos aquellos valores que, según las estimación de la gente, contribuyan a prestigiar la personalidad humana, pues el sacerdote es un hombre “tomado de entre los hombres y puesto al servicio de los hombres para sus relaciones con Dios” (Heb 5,1). La eficacia ministerial del sacerdocio está condicionada, en primer lugar, por su madurez humana, y en segundo lugar, por su santidad personal, que se adquiere en el encuentro con Cristo en Persona, por la lectura frecuente de las divinas Escrituras (VD 72), luz y fuerza que ayuda a descubrir, entender, amar y seguir la propia vocación y misión (VD 82). San Pablo pide con insistencia a los presbí-

³⁰ BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *VERBUM DÓMINI*. San Pablo, Bogotá Colombia, 2010, n. 2

teros que ‘atiendan a cuánto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de virtuoso y digno de alabanza; a eso estén atentos’ (Flp 4,8; PO 3). Las fallas de los sacerdotes son fallas humanas: inmadurez, superficialidad, infantilismo, inconstancia...(Cfr. OT 11)

- b) *El sacerdote, hombre “de la” palabra.*** El sacerdote se define por su “función mediadora” en la palabra y en el culto. Sacerdocio y profetismo son dos conceptos distintos que en el concepto cristiano se condicionan e implican mutuamente. Mientras el sacerdote es la visibilidad de la palabra del hombre a Dios, el profeta es la visibilidad de la Palabra de Dios a los hombres. “Los *Obispos* y *sacerdotes*, por su propia misión, son los primeros llamados a una vida dedicada al servicio de la Palabra, a anunciar el Evangelio, a celebrar los sacramentos y a formar a los fieles en el conocimiento auténtico de las Escrituras”³¹.
- c) *El sacerdote, hombre “ante” la palabra.*** El sacerdote es también destinatario de la Palabra de Dios que él mismo proclama. “Los presbíteros se afanan en la palabra y en la enseñanza creyendo aquello que leen cuando meditan la ley del Señor, enseñando aquello que creen, imitando lo que enseñan” (LG 28). Sólo el que vive lo que predica es capaz de comunicar vida en su predicación. El predicador tiene que «ser el primero en dejarse interpelar por la Palabra de Dios que anuncia», porque como dice san Agustín: “Pierde tiempo predicando exteriormente la Palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior” (VD 59), o como nos recuerda san Jerónimo, la predicación se ha de acompañar con el testimonio de la propia vida: “Que tus actos no desmientan tus palabras, para que no suceda que, cuando tú predicas en la iglesia, alguien comente en sus adentros: “¿Por qué, entonces, precisamente tú no te comportas así?...” En el sacerdote de Cristo la mente y la palabra han de ser concordantes” (VD 60). El Evangelio es una ‘verdad’ a ‘mostrar’ encarnada en la vida del predicador, bajo la fuerza del Espíritu Santo. La fe entre por el oído y... por los ojos. ‘Mirad como se aman’. Los creyentes en general no se admiran de la doctrina cristiana:

³¹ BENEDICTO XVI, VD n. 94.



se admiran de la vida de los cristianos y se dejan ganar por su profetismo.

- d) Sacerdote, hombre “palabra”:** Jesucristo, Palabra personal del Padre, se hizo acontecimiento revelador del amor salvífico de Dios en su encarnación, muerte y resurrección. Él es la Palabra definitiva del Padre. La Palabra de Dios, encarnada en Jesucristo, continúa en la Iglesia y está presente en ella con la misma virtualidad y la misma intencionalidad salvífica de siempre. El sacerdote mismo debe ser el primero en cultivar una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios: “no le basta conocer su aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario; necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: ‘la mente de Cristo,(1Co 2,16)” (VD 80), para que en su ser y actuar, en su estilo de vida se pueda leer el Evangelio, el *Logos de la esperanza* (cf. 1P 3,15); pues el hombre necesita la “gran esperanza» para poder vivir el propio presente, la gran esperanza que es «el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo (Jn 13,1)” (VD 91).

3.5 Configuración del sacerdote con Cristo en el ministerio del CULTO

3.5.1 El sacerdote, “hombre de la Eucaristía” – “hombre eucaristía”.

“En la Eucaristía tenemos una magnífica teología de cómo debemos comportarnos los sacerdotes. En ella Jesús no sólo se acerca especial y temporalmente, sino que se apodera de nuestra persona para que ‘imitemos lo que tratamos’³². Si nosotros los sacerdotes le prestamos a Cristo, sumo Sacerdote, las manos y la voz para que nuestro ministerio ofrezca al Padre el sacrificio de la Nueva Alianza, debemos hacer nuestra su disposición de ánimo y entrega y, al igual que Él, vivir como ‘don’ para nuestros hermanos. En resumen, la Eucaristía es el

³² Cf. PONTIFICAL Y RITUAL ROMANOS, Rito de Ordenación de un Presbítero, p. 109. CELAM 1978.



sacramento de un Dios que sufre, calla, ama, perdona y sigue entregándose. El sacerdote debe, pues, hallar en la Eucaristía fuerzas para sufrir, callar, perdonar, seguir amando y dándose todos los días. Por eso, el sacerdote, que por designio de Dios es ministro de la Eucaristía, ha de renovar cada mañana sus ansias de abnegación, generosidad, renuncia y entrega, y pedirle al Señor “que Él se transforme en ofrenda permanente”, ya que, por vocación, es “un hombre para los demás”.

La Eucaristía también concede gracia y crecimiento espiritual porque este sacramento es el misterio de la diaria multiplicación del amor filial y del amor fraterno, recibidos germinalmente en el Bautismo, y del constante crecimiento del amor sacerdotal, comunicado por el sacramento del Orden. La Eucaristía, inseparablemente unida al sacerdocio ministerial para, en su calidad de ‘pan de los fuertes’, pueda fortalecer la natural debilidad humana del presbiterio frente a un mundo que prolonga el odio y rechazo al Maestro en la persona de los sacerdotes. La Eucaristía, para el sacerdote, es fuente inagotable de su vocación, y fuente inextinguible del impulso misionero.

Para cambiar esta última situación, el sacerdote no debe limitarse a oficiar la Eucaristía; tiene que celebrarla con toda la devoción³³, sobre todo vivir eucarísticamente, haciéndose acción de gracias, donándose continuamente a favor de la vida de los hermanos y de todas las creaturas de Dios. Para eso, tiene que abrirse al Misterio de transformación que en la Eucaristía se opera. El sacerdote, cuidador oficial de las especies eucarísticas, se ha de cuidar también mucho de sus actitudes sacerdotales, porque, corrompidas éstas, es imposible mantener el espíritu, la ilusión y el dinamismo sacerdotales.

³³ El Santo Cura de Ars, convencido de la grandeza de la Eucaristía, decía: “Todas las buenas obras juntas no son comparables al Sacrificio de la Misa, porque son obras de hombres, mientras la Santa Misa es obra de Dios” Estaba convencido de que todo el fervor en la vida de un sacerdote dependía de la Misa: “La causa de la relajación del sacerdote es que descuida la Misa. Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que celebra como si estuviese haciendo algo ordinario!” Siempre que celebraba, tenía la costumbre de ofrecer también la propia vida como sacrificio: “¡Cómo aprovecha a un sacerdote ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!” Y les persuadía: “Venid a comulgar, hijos míos, venid donde Jesús. Venid a vivir de Él para poder vivir con Él...”



“La Iglesia hace la Eucaristía y ésta, hace la Iglesia” (Henri de Lubac). La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, señal e instrumento de la unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí, es obvio que la Eucaristía tiene que obrar, cada vez más, la unidad de los cristianos en el único cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Debe darse una verdadera comunión de intereses, de actitudes y también de afectos: una profunda comunión de vida entre el sacerdote, mediación de la donación eucarística, y el propio Jesucristo.

A partir de ahí entendemos por qué una vida plena según el Evangelio es una vida que se convierte en don. La vida de Jesús fue un don: “*tomen y coman, esto es mi cuerpo*”. Nosotros, eucarísticamente, hacemos memoria de ese don cuando nos entregamos por entero en donación, hasta coincidir rigurosamente con el Don recibido³⁴. La referencia mayor es el Maestro y Señor que lava los pies (Jn 13,1-17) y cuando nos recomienda: “*hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes*” (Jn 13,15). O, en otras palabras: “*Hagan esto en conmemoración mía*”³⁵.

“La Eucaristía es el centro vital del universo, capaz de saciar el hambre de vida y felicidad: “El que me coma vivirá por mí” (Jn 6,57). En ese banquete feliz participamos de la vida eterna y, así, nuestra existencia cotidiana se convierte en una misa prolongada” (DA 354).

Misa y Misión tienen la misma raíz latina del verbo “mittere”, “enviar”, por eso, misa (Eucaristía) y misión se implican mutuamente, porque explicitan esencialmente una misma vida que gratuitamente se dona y, de esa manera, se torna plena.

3.5.2 El sacerdote, ministro de la reconciliación

Es importante que el sacerdote tenga ideas claras sobre lo que significa el ministerio de la reconciliación, a fin de que pueda ejer-

³⁴ Aplicado a la vida de los Presbíteros, eso tiene un significado muy especial: “*La auto-donación de Cristo, que tiene su fuente en la vida trinitaria del Dios-Amor, alcanza su más alta expresión en el sacrificio de la Cruz, cuya anticipación sacramental es la última Cena. No es posible repetir las palabras de la consagración sin sentirse implicado en este movimiento espiritual. En cierto sentido, el sacerdote debe aprender a decir también de sí mismo, con verdad y generosidad, esas palabras: ‘tomen y coman’. De hecho, su vida tendrá sentido si él sabe hacerse don, colocándose a disposición de la comunidad y al servicio de cualquier persona que pase necesidad*” (Juan Pablo II. Carta a los presbíteros con ocasión del Jueves Santo de 2005).

³⁵ Cf. RASCIENTTI, Stefano, op. cit. p. 301-302.



cerlo con la misma solicitud, sencillez y amor con que siempre lo hizo Jesús, a quien los escribas y fariseos acusaron de que acogía a los pecadores y comía con ellos (Lc 15,1-2). Según P. Indalecio Gómez³⁶, “los sacerdotes tienen las llaves del corazón compasivo de Jesucristo y deben usar de ellas para que los pecadores puedan acceder a su misericordia. El poder del sacerdote es puramente ministerial. El sacerdote sólo absuelve a los fieles ‘in persona Christi’”. ‘Tanto en el altar, como frente al pueblo cristiano, como en el confesionario, el sacerdote es un Cristo sacramental. El sacerdote no puede limitarse a esperar a los pecadores. Al sacerdote de hoy no le basta tener una actitud de acogida: se requiere una actitud de búsqueda. “Hombre de la misericordia y la compasión, cercano a su pueblo y servidor de todos, particularmente de los que sufren grandes necesidades”³⁷, su modelo de identificación debe ser el Buen Pastor (cf. Jn 10,11.16; Lc 15,3-7). Su papel será tanto más brillante y eficaz cuanto mejor consiga que en su actuar aparezca más la figura de Jesús y menos se vea la suya. Jesús que busca incansablemente a los pecadores para darles perdón (cf. Jn 4,6-30; Lc 19,1-9; Mt 9,9-13; Hch 9,3-5), debe ser modelo de identificación para todos los sacerdotes, ministros de la reconciliación.

Las razones para dispensar una buena acogida a los pecadores son muchas y de mucho peso: *Está enfermo: necesita de cuidados especiales; es muy débil: necesita de ayuda; se reconoce pecador: merece compasión; quiere levantarse: tendámosle la mano; confiesa humildemente sus culpas: no le humillemos; busca a Dios: facilítemosle el encuentro con Él; pide perdón: gocémonos de poder concedérselo en nombre del mismo Dios, porque “hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia” (Lc 15,7).*

El sacerdote ejerce la función paterna y no la de un juez implacable, irreductible. Su misión es revelar a los hombres el corazón del Padre, vivido y descrito por Jesús en la parábola del Padre misericordioso. Allí no se ve sino bondad, compasión, delicadeza, acogida, perdón y gozo incontestable de un Padre, el cual ordena que en casa

³⁶ I. GÓMEZ, *Espiritualidad del Sacerdote Diocesano*, Ed. De Espiritualidad, Madrid, citado por ARREOLA, Filemón S., p. 49.

³⁷ DA 198-199



haya fiesta porque aquel hijo suyo que “había muerto ha vuelto a la vida: se había perdido y ha sido hallado” (Lc 15,24).

El confesor ha de ejercer su ministerio de tal manera que todos puedan ver en él el rostro del Buen Pastor, transparentando la misericordia de Jesucristo que no vino para condenar sino para salvar, manifestándola en su prontitud para el perdón. El buen sacerdote no espera a que los penitentes le pidan confesión: los espera él. De entre tantos modelos inspiradores, destacamos una vez más la figura del Santo Cura de Ars, que “actuaba como guardián y administrador del torrente de la Divina Misericordia, ya que poseía un profundo conocimiento de la grandeza del amor de Dios que se manifiesta al pecador que en verdad se arrepiente; sabía con certeza que Dios, que es Padre de infinita misericordia, comunica su perdón y renueva al alma arrepentida”³⁸.

3.5.3 *El sacerdote, hombre de oración*

La oración o vida interior es una exigencia radical para el sacerdote, en razón de su ministerio y en razón de su especial consagración. Del sacerdote como enviado se le exige una referencia a Aquel que le envía; una vinculación muy fuerte en la persona de Jesús, de quien ha de dimanar todo su dinamismo misionero. Para ello el sacerdote ha de portarse primero como discípulo que aprende de su Maestro, para poder llegar a ser luego apóstol y digno representante de Aquel que lo envía (Jn 13,13-16). Este proceso se da mediante la contemplación. Por eso contemplación es inherente a la misión. El sacerdote, “o es un contemplativo o no será misionero”. La mística debe alentar el compromiso apostólico, animar, darle alma. De lo contrario no hay misión, ni misionero, sólo sucedáneos. La contemplación establece un puente entre Dios y los hombres, uniendo los dos horizontes: el de Dios y el del hombre. Esto posibilita al sacerdote una actitud de continua contemplación en la misión. El ser contemplativo desde la acción y para la acción, hace posible el ser contemplativo en la acción, estar “codo a codo” con los demás, “penetrar en la muchedumbre”, que es diversidad de culturas, estratos sociales, religiosidades,

³⁸ BENEDICTO XVI, *Audiencia a los participantes de un Congreso Teológico sobre el sacerdocio*, Op. cit.



pertenencias, para “impregnarlas” de lo divino. Para que esto pueda ser así se requieren diarios y largos ratos de oración formal, como los que tenía Jesús. Jesús era un “orante” (Mc 1,35-38), y la oración no le distrae de su labor misionera, sino que, al contrario, la potencia, como potencia así mismo su capacidad reveladora del Padre, que le ha enviado como Salvador de los hombres.

Por el sacramento del Orden, el sacerdote es consagrado como hombre de Dios. Desde el momento en que es sellado con el carácter sacramental para encarnar el ser y el actuar sacerdotal de Jesucristo, el sacerdote ni puede ser considerado un hombre como los otros, ni su vida puede ser como la de los demás. Por la consagración sacerdotal han surgido en el unas relaciones nuevas con el Señor. Relaciones de una especial cercanía, de un amor preferencial, de una intimidad singular por parte del mismo Dios, a las cuales deberá corresponder el sacerdote en su exterior y en su interior.

La oración interpersonal con Dios sólo es posible en al ámbito del amor. Solamente la sintonía del amor abre la comunicación con el otro. Como también solamente Dios puede saciar la sed infinita de amor que padece el corazón humano. Solamente la persona de Jesús es capaz de llenar efectivamente el corazón del sacerdote, corazón humano como el de todos, el cual, con heroicos sacrificios, renuncia a otros amores, muy legítimos también, para consagrarse por entero a Dios solo.

“Es necesario que el sacerdote organice su vida de oración de modo que incluya: la celebración diaria de la Eucaristía con una adecuada preparación y acción de gracias; la confesión frecuente, y la dirección espiritual ya practicada en el Seminario: la celebración íntegra y fervorosa de la Liturgia de las Horas, obligación cotidiana; el examen de conciencia, la oración mental propiamente dicha, la lectio divina; los ratos prolongados de silencio y de diálogo; sobre todo, en ejercicios y retiros espirituales periódicos; las preciosas expresiones de la devoción mariana como el Rosario; el Vía Crucis y otros ejercicios piadosos; la provechosa lectura hagiográfica”³⁹.

³⁹ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, “Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros”, Librería Editrice Vaticana, n. 39.



3.6 **Configuración del sacerdote con Cristo en su temple y ESTILO DE VIDA**

En la configuración con Cristo, tanto en el ser como en el actuar, el sacerdote debe evitar el peligro de la superficialidad sin repercusiones profundas a nivel existencial. Para que se dé una perfecta configuración del alma del sacerdote con el alma sacerdotal de Jesucristo se requieren muchas actitudes y virtudes, todas muy importantes como: la práctica de las bienaventuranzas del Reino, amor y obediencia filial al Padre, compasión entrañable ante el dolor humano, cercanía a los pobres y a los pequeños, fidelidad a la misión encomendada, amor servicial hasta el don de su vida. Eso exige: *vaciamiento de sí mismo* (actitud de pobreza sacerdotal), y *donación de sí mismo* (celibato sacerdotal).

3.6.1 *Vaciamiento (anonadamiento) de sí mismo*

“En Jesús se da un vaciamiento total: es siervo de Yahvé, el expropiado y sin derechos (Is 40-55), que asume los programas del Padre, operativa y efectivamente, sin que, por su parte, aparezca ningún atisbo de protesta ni el más mínimo desajuste: ‘He aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu voluntad’ (Heb 10,7). ‘Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado’ (Jn 4,34). ‘No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú’ (Mc 14,36)... Jesús renuncia a su voluntad para gloria del Padre y para servicio de los hombres y para ejemplo de los continuadores de su obra.

A este vaciamiento está llamado también el sacerdote. “Ha sido tomado de entre los hombres” (Heb 5,1) y “encadenado por el Espíritu” (Hch 20,22) “para apacentar la Iglesia de Dios” (Hch 20,28). Son las líneas maestras de la vida sacerdotal: Dios ha tomado posesión de ella y la ha puesto al servicio de su designio. Los sacerdotes no se pertenecen a sí mismos. Son “los hombres que de este mundo me has dado”, que dirá Jesús (Jn 17,6). El Señor los ha tomado para sí y los ha hecho servidores de Jesucristo, como esclavos que sirven a su amo, “según el mandato de Dios, nuestro Salvador, y de Cristo Jesús, nuestra esperanza” (1Tim 1,1). Ciertamente que no puede faltar el libre y pleno consentimiento del elegido para este servicio, pero la elección y llamada proceden de arriba.



Al sacerdote se le pide que renuncie a sus bienes y opte por “la pobreza voluntaria, para asemejarse más claramente a Cristo y estar más disponible para el sagrado ministerio (PO 17). Tratase de un actitud mística, encaminada a facilitar la total disponibilidad para el ministerio apostólico y a participar en el espíritu de Cristo, que “siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que con su pobreza, nos hiciéramos ricos” (2 Cor 8,9). Y sus seguidores tienen que configurarse con Él, sintonizando con su sentimiento y con sus situaciones: “Tengan los mismos sentimientos que Cristo Jesús, el cual... se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil 2,6-8).

La pobreza sacerdotal es también motivo de la eficacia de la misión. El sacerdocio ministerial llega a ser convincente sólo en la medida en que se vive como Jesucristo-Sacerdote: con radicalidad evangélica bien entendida. La pobreza evangélica del sacerdote no puede limitarse al despojo de los bienes materiales; debe extenderse al abandono del propio protagonismo apostólico, en la convicción de que toda eficacia viene de arriba, y de que es Él quién da éxito a nuestras empresas pastorales.

3.6.2 *Donación de sí mismo*

“El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16,24). El, “sígame” de Jesús, configurante de la vida apostólica, implica dejarlo todo (vaciamiento de sí mismo) y darse del todo (donación de sí mismo). El seguimiento se realiza mediante la entrega plena, sin reservas. De esta entrega total es signo altamente elocuente el celibato por el Reino.

“En la virginidad y el celibato la castidad mantiene su significado original, a saber, el de una sexualidad humana vivida como auténtica manifestación (de amor) y precioso servicio al amor de comunión y de donación interpersonal... El celibato sacerdotal es un don de sí mismo en y con Cristo a su Iglesia y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia en y con el Señor”⁴⁰. Como don de Dios, el celibato po-

⁴⁰ PDV 29.



sibilita al sacerdote una especial configuración con el estilo de vida del propio Cristo haciéndolo signo de su caridad pastoral en la entrega a Dios y a los hombres con corazón pleno e indiviso⁴¹.

No existe una vinculación necesaria o de naturaleza entre el celibato y el ministerio sacerdotal, sin embargo, se da una profunda armonía y una clara conveniencia entre sacerdocio y celibato, como que los dos carismas se atraen mutuamente. “La perfecta y perpetua continencia es, en efecto, signo y estímulo, al mismo tiempo, de caridad pastoral y fuente peculiar de fecundidad espiritual en el mundo. La caridad pastoral aparece como una constante en la fundamentación de las peculiares exigencias espirituales de la vida de los presbíteros: de la obediencia (PO 15), del celibato (PO 16) y de la pobreza (PO 17).

Al sacerdocio se accede por una consagración, que siempre es totalizante. Desde ese momento, Dios toma posesión de su ministro, hasta tal punto que éste no se pertenece a sí mismo, ni a ningún otro posible poseedor.

“Por medio del celibato los sacerdotes pueden servir más fácilmente a Dios, con un corazón no dividido, y darse por sus ovejas, de manera que puedan ser más plenamente promotores de la evangelización y de la unidad dentro de la Iglesia. De este modo, los sacerdotes, aunque sean menos, pero con tal de que resplandezcan por este preclaro testimonio de vida, gozarán de una mayor fecundidad apostólica” (PDV 18).

Cristo llama a algunos cristianos a una especial intimidad con Él, la cual se explicita mediante la consagración virginal a su seguimiento y servicio. Sin consagración virginal, tal vez pueda haber intimidad con Cristo, pero sin intimidad con Él, jamás habrá virginidad por el Reino. Habrá abstinencia, higiene, negación, ascesis, quizá; virginidad, no.

Cristo, Hijo de Dios, se entregó totalmente al Padre, dándole el amor pleno y exclusivo de su corazón. Cuando acaba de conferir a los Doce el don del sacerdocio, les dijo: “Permanezcan en mi amor”.

⁴¹ Cf. DA 196.



Esta es la consigna que les garantiza la perseverancia en la vida de seguimiento.

Sabemos perfectamente que en el mundo actual asedian por todas partes al celibato dificultades peculiares... Los presbíteros pueden superar estas dificultades si se promueven las condiciones aptas, es decir, el incremento de la vida interior, mediante la oración, la abnegación, la caridad ardiente hacia Dios y hacia el prójimo y los demás medios de la vida espiritual...; el trato fraterno y los contactos con los otros presbíteros y con el Obispo... No olviden que el poder confortador de Dios no faltará nunca a quienes desean servirle con total fidelidad" (Sínodo de 1971 n. 18)

La configuración con Cristo del discípulo exige un proceso de conversión permanente, es decir, de conformación nunca acabada del todo a la imagen y al modelo del maestro.

El encuentro con Jesucristo en Persona, además de vincularnos con Él, nos configura con su Persona. Nuestra relación, vinculación y configuración con Él, y que revela la calidad de nuestra relación con el "Otro" (Dios), es también la medida de nuestras relaciones con el "otro" (hermano) y el grado de la vivencia de nuestra vocación a la santidad (cf. Sl 133).

3.7 Identidad misionera del Presbítero

"La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre". La vocación y la mística misionera que es de la esencia de la Iglesia y del sacerdocio (cf. Mt 28,19-20), "sana nuestras diócesis", nuestras parroquias, nuestras comunidades religiosas, sana el corazón de muchos sacerdotes enfermos y encerrados sobre sí mismos y sobre su territorio parroquial.

Varios documentos del Magisterio de la Iglesia insisten en que el sacerdote es ordenado no sólo para una Iglesia particular, sino para el mundo universo⁴². Que la vocación es un don para toda la Iglesia,

⁴² PO 10



un bien para su vida y misión⁴³. Pero son sobre todo, las Conferencias de Puebla, Santo domingo y Aparecida⁴⁴ quienes nos lanzan de forma más insistente a la misión universal. Puede resultar pretencioso afirmar, pero es una realidad, que el documento *Ad Gentes* del Vat. II, es el documento que más ha evolucionado en la era postconciliar. ¡Es que la Misión es vida, es movimiento, es renovación, es desafío y es pasión...! Lastimosamente, el Ministerio Presbiteral no ha marcado ese ritmo en su opción, compromiso y misión.⁴⁵

En la formación, lo mismo que en la doctrina de la Trinidad, la Misión ha de ser un elemento central en la manera como se imagina la forma y el contenido de la teología. La Misión ha de ser el cimiento y el mortero que mantiene unidas las diversas partes. Prescindir de la dimensión misionera es desfigurar la figura misma del presbítero. Toda la vida sacerdotal y la formación que prepara a ella, están, deberían estar, totalmente concentradas en el acoger y testimoniar el amor pascual de Jesús a todas las gentes⁴⁶. La Misión puede cambiar los estados “vegetativos” en que yacen muchos presbíteros.

Conclusión

El Pueblo de Dios siente necesidad de presbíteros-discípulos que tengan una profunda experiencia de Dios, configurados con el corazón del Buen Pastor, dóciles a las mociones del Espíritu, que se nutran de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y de la oración; de presbíteros-misioneros; movidos por la caridad pastoral: que los lleve a cuidar del rebaño a ellos confiados y a buscar a los más alejados predicando la Palabra de Dios, siempre en profunda comunión con su Obispo, los presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas y laicos; presbíteros-servidores de la vida: que estén atentos a las necesidades de los más pobres, comprometidos en la defensa de los derechos de los más débiles y promotores de la cultura de la solidaridad. También de presbíteros llenos de misericordia, disponibles para administrar el sacramento de la reconciliación (DA 199). De presbíteros que

⁴³ PDV 41

⁴⁴ Cf. DP 368, SD 125 y 126, DI 5 y DA 199

⁴⁵ Cf. OSORNO, P. Jesús, *Ministerio presbiteral y misión. Formación y espiritualidad*. OSLAM, Boletín 46 – enero a junio de 2005.

⁴⁶ *Ibíd.*



contagien por su alegría y sean portadores de buenas noticias para la humanidad y no profetas de desventuras, que sean buenos samaritanos defendiendo la vida, la naturaleza, nuestra “casa común, la Hermana y Madre Tierra.

Todo eso requiere un proceso de formación inicial y permanente responsable en el campo espiritual, discipular-misionero, humano-afectivo, social, antropológico y cultural. Una formación que nos inserte positivamente en este mundo cambiante, de una riquísima diversidad que exige nuevas formas de relacionarnos con el otro, de vivir la interculturalidad, que nos regala la oportunidad de una continua metanoia, una conversión como apertura “a otro mundo posible”. Para eso, necesitamos de una espiritualidad que sepa combinar interioridad y compromiso; cultura y Evangelio, actualidad y futuro; altar y trabajo; opción con los pobres y utopía; vivencia sacerdotal e inserción; individualidad y comunión; personalidad y solidaridad; contemplación y pastoral; vida y esperanza; fraternidad y visión-compromiso universal.

Si realmente nuestro sueño aprendido y compartido es un verdadero despertar misionero, hemos de buscar alternativas para realizarlo, hemos de revivir esa fe que provoca, mueve y desinstala. *“La fe, cuando se dilata hasta llegar a la esperanza, no aquieta sino inquieta, no pacífica sino impaciente. La fe no aplaca el ‘cor inquietum’, sino que ella misma es ese ‘cor inquietum’ en el ser humano”* (Jurgen Moltman). La misión, y de una manera particular “la Misión *Ad Gentes* renueva a toda la Iglesia y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones: la fe se fortalece dándola”⁴⁷.

⁴⁷ RM 2